



DISCURSO VEINTICUATRO

LA MALA CONCIENCIA

*Nolite iudicare secundum faciem, sed
justam iudicium iudicate.*

No juzguéis por el semblante de fuera,
sino juzgad con recto y verdadero juicio.

(JOAN., VII, 24.)

EXORDIO

Por insinuación.

NOTORIA es, hermanos míos en nuestro Señor Jesucris-
to, y harto maliciosa por cierto, la traza de que se
valen los cazadores en cogiendo algún pájaro de reclamo ó
ave de rapiña. Porque, aunque es verdad que lo encierran
bien encerrado para que no se huya, pero es increíble el
buen tratamiento que en su prisión le hacen, en el comer y
beber, en limpiarle la casa, en renovarle el aire á sus tiem-
pos; finalmente, procuran que se aficione y regocije y cante
en la cárcel, con el mismo primor y alborozo que en el
campo alegre de su pasada libertad. ¿Cómo así? ¿No son
esos hombres, por ventura, los que suelen perseguir de
muerte á los inocentes pajarillos, y tienen sus delicias en
desbandarlos con el estruendo y humo de sus armas, y ha-
cer en ellos estrago miserable? ¿Cómo para el cautivo tanto
amor? No os maravilléis, mis amados oyentes, que es no-
torio y muy viejo el artificio. Trátanle con ese regalo, para
que el pobre animalito, contento con sus prisiones, cante y
sirva de reclamo á las otras aves, y caigan en las mismas
redes donde él se enlazó, imaginándose que allí todo es
holganza y buen comer y felicidad no interrumpida. Y así

*Prop. remota,
con que excita la
atención, por sí-
mil del cazador.*

*Exposición, ó la
traza más astuta.*

*Nudo, ó el por
qué: sustentación
y antítesis.*

*Desenlace, ó la
causa verdadera,
para que sirvan de
reclamo.*

les suele acontecer que, con un pájaro que mantienen con vida placentera, son innumerables los que prenden y sin piedad destrozan.

Pues éstas son las mañas que con los pecadores usa el enemigo del linaje humano. Todo su empeño consiste en hacerles creer que con él vivirán contentos, que los tratará muy bien y colmará de dicha y bienandanza; por donde no es de maravillar que á algunos infelices, de quienes teme no se le escapen de su bando, les facilite alguna sombra de prosperidad mundana, por ejemplo, riquezas, estimación de los hombres, aura popular, como la que gozaban en tiempo de Jesucristo los escribas y fariseos. Mas en este punto hay que abrir los ojos del alma y seguir el mandamiento de nuestro adorable Redentor, que nos avisa que no queramos juzgar por las apariencias y semblante de fuera: *Nolite judicare secundum faciem, sed justum judicium judicate*. No os dejéis engañar de esa sombra de alegría que acaso algún pecador muestra en el semblante, al parecer sereno y tranquilo. Serenidad engañosa, tranquilidad falsa es, que toda para en lo exterior y en la sobrehoz; no concuerdan ni dicen lo mismo la cara y el corazón. ¿Creéis que los fariseos, tan al vivo pintados por San Juan en el Evangelio de este día, eran tales interiormente cuales exteriormente aparentaban? En el semblante y muestras exteriores, todo bienestar, alegría, jactancia y vana ostentación; mas dentro se carcomían de rabia y de despecho.

¿Quién, pues, os dijo que dieseis crédito al enemigo de vuestras almas, cuando os persuade que, si os dejáis enredar en sus malignas sugestiones, os irá bien y viviréis contentos? No, no le creáis; despreciad sus voces, burlaos de sus promesas, porque os quiere prender y matar á traición. Esto vengo á demostraros con el favor de la divina gracia, es á saber: que puesto caso que no tuviésemos más freno para desviarnos de los caminos de la maldad, debería bastarnos la consideración de **cuán mal y congojado vive el corazón de todo pecador.**

Prop. próxima con que se concluye la doctrina por aplicación de símil,

apoyada en testimonio divino y

etopeya de los fariseos.

Cáptase la benevolencia.

fin del razonamiento y

proposición universal.

PRIMERA PARTE

II

El Salvador del mundo encarece, y con razón, los dolores y tristezas de la mujer al dar á luz la criatura; y el mismo Salvador pondera su alegría y júbilo después del peli-groso trance, de tal manera, dice, que al ver que ha nacido un hombre en el mundo, luego se olvida de su pasada angustia: *Jam non meminit pressuræ propter gaudium*¹. No imaginéis, mis amados oyentes, que lo mismo pasa cuando el alma pecadora pare el monstruo del pecado. Porque, muy al revés, en la hora del parto goza un poco; pero, en pasándose aquel momento, es tan grande la amargura, la hiel, la pesadumbre y la congoja, que borran y desvanecen el primer deleite, pudiéndose decir: *Jam non memini gaudii propter pressuram*. Ya no se acuerda del pasado gozo por la pena presente.

No pretendo para mí la gloria de tan hermoso pensamiento; sea de aquel á quien debo, sobre los demás Padres de la Iglesia, eso poquito que soy ó valgo, si alguna cosa valgo, al bienaventurado San Juan Crisóstomo. Antes del parto pasa la mujer grandes congojas, dice el santo doctor; mas, después del dichoso alumbramiento, siente inexplicable gozo; pero, en el parir del pecado, no es lo mismo: mientras damos á luz los depravados afectos, nos deleitamos y gozamos; pero, echada la maldita criatura, entonces, viendo la fealdad del engendro, nos congojamos y apesadumbramos más que las mujeres en su trance congojoso². Y, ciertamente, no creo que haya verdad en que tan á una con-

Arg. 1.º ó transición oratoria; por símil á contrario.

1.ª parte. El júbilo tras los dolores del parto; por antitesia y autoridad divina.

2.ª parte. Los dolores tras el júbilo; ó el remordimiento tras el pecado.

Loa y pensamiento del Crisóstomo.

¹ Joan., XVI, 21.

² Mulieribus ante partum labor est ingens, post partum vero relaxatio. Verum hic non item. Sed dum parturimus corruptos affectus, delectamur gaudemusque: caeterum, ubi fuerimus enixi malum illum puerum, peccatum, tunc conspécata foeditate partus, discruciamur gravius quam mulieres parturientes. De Laz., conc. 4.

Proposición particular.

vengan los escritores todos, cristianos y gentiles, sagrados y profanos, como en ésta que decimos, conviene á saber: que no hay tormento semejante al de la mala conciencia.

Arg. 2.º Tormento de la mala conciencia, por AUTORIDADES.

III

Pasando, pues, en silencio los testigos de los poetas y oradores, así griegos como romanos, quienes retrataron, ora con inmortales versos, ora con vivas y elocuentes cláusulas, los vaivenes de la mala conciencia y su gusano roedor; y dejando á Plauto, que pronunció aquella magnífica sentencia: *Nihil est miserius quam animus criminis conscius*, no hay cosa más desdichada que la conciencia criminal; Marco Tulio es de sentir que las furias tan horribles que solían aparecer en la escena, ya con semblantes de fuego y azufre ardiendo, ya con áspides y serpientes enroscadas, no eran sino un símbolo de los remordimientos, que, á guisa de horrendas furias, atormentan sin cesar el pecho del malvado: *Hae sunt assidue domesticaeque furiae* ¹. Esto significaban, según el romano orador, las tres furias Alecto, Tesífone y Megera; esto los buitres que roían el corazón de Ticio; esto las águilas que despedazaban las entrañas siempre renacientes de Prometeo. ¿Qué diré de Plutarco, de Séneca y de Platón, filósofos gravísimos de la antigüedad? ¿No es cosa manifiesta á los que están versados en la lectura de sus obras, que creen no haber mayor castigo del pecado que el pecado mismo? La mayor pena que se puede dar á una culpa es haberla cometido, dicen á una voz: *Prima et maxima peccatorum est poena, peccasse* ².

Autoridades de cristianos: por corrección y congettica.

San Gregorio,

Mas ¿á qué alegar testimonios de fuera, teniendo entre nosotros tales y tantos en abono de esta verdad? ¿Que escribió el glorioso San Gregorio Magno? Oído con atención. Entre la muchedumbre de tribulaciones é innumerables congojas de nuestro espíritu, no hay otra mayor que la conciencia pecadora: *Inter multiplices animae tribulationes, et innumerabiles afflictionum molestias, nulla major est, quam con-*

¹ Pro Rosc.—² Sen., epist. 9, c. 7.

scientia delictorum ¹. ¿Qué siente el gran Isidoro? Que no hay castigo más recio que la mala conciencia: *Nulla poena gravior mala conscientia*. ¿Qué los bienaventurados San Bernardo y San Ambrosio? La pena más horrible es una mala conciencia, dice el doctor melifluo; las llagas del corazón del pecador son las más acerbas, protesta el santo obispo de Milán: *Nulla poena major mala conscientia* ². *Quae poena gravior, quam inferioris vulnus conscientiae?* ³ ¿Qué dicen todos los Padres?...
 Transición por retención.

Pero no hay por qué mendigar autoridades de hombres, cuando tenemos la del mismo Dios en las Santas Escrituras, en las cuales se retrata vivamente el atroz y desastroso estado del impío, ya en Adán, que tiembla al blando susurrar del viento que suena por el frondoso paraíso ⁴; ya en un Caín, que se estremece despavorido al moverse las hojas de las selvas ⁵; ya en un Lamech, que, impulsado de su conciencia, confiesa de su propia voluntad un secreto homicidio que había perpetrado, sin que hombre mortal le cite ni procese, ni aun por ventura lo sepa ⁶. ¿Desdichado David! David: David, aquel valiente que supo contrastar y derribar por tierra la pujanza del Gigante; aquel que desquijaró osos y despedazó leones, después del adulterio con Bersabé se amilanó de suerte, que tuvo miedo de un pobre soldado como Urías. ¿Cómo!, le dice San Crisóstomo ⁷. ¿No eres acaso rey? ¿No tienes ejércitos que acatan y esperan tus órdenes? ¿No hay armas? ¿No ciñes espada y sabes blandir la lanza? *Nonne tu imperator? nonne gladii potestatem habes?* ¿Por qué has de temer y sobresaltarte, aunque Urías llegue á barruntar la sinrazón que le has hecho? ¡Oh hermanos y oyentes muy amados! Efectos son éstos, é inevitables, de una conciencia revuelta, tempestuosa y afanosa. Ved, carísimos, ponderad y maravillaos (prosigue el Santo) de cuán terrible cosa sea ofender á Dios. El rey teme al soldado y se azora á la vista del vasallo: *Videte, fratres, et admiramini, quantum mali sit delictis obnoxium fieri. Rex timet militem, et formidat subditum*.

San Isidoro,

San Bernardo y San Ambrosio.

Transición por retención.

Por ejemplos bíblicos: rápidas pinturas en Adán,

Caín,

Lamech,

David:

expoliación patética por interrogaciones de

maravilla y contraste;

el rey teme al soldado.

¹ In Ps. 7. Poenit.—² Lib. 2. Solil.—³ Lib. 3 offic., c. 4.

⁴ Gen., III.—⁵ Gen., IV.—⁶ Gen., IV, 23.—⁷ In Ps. 10, hom. 1.

Transición, y más ejemplos conglobados;

confirmase por pintura de Job.

Por ejemplo pro/amos. Hipotesis de Flaco,

por incremento

y soliloquio de congoja.

Tereo y Papirio

Tiberio, por enumeración.

Mas ¿qué digo y en qué me paro, si son infinitos los ejemplos de las Sagradas Letras, que nos declaran la atroz carnicería que hace de mil maneras el pecado en el corazón del pecador? ¿Qué otra cosa nos significan el enfurecimiento de Saúl, los desmayos del rey Acab, los temblores de Baltasar, y aquella ansiedad y congoja que tan hermosamente describe Job en persona del impío: Un sonido de terror zumbaba día y noche en sus oídos; y, en medio de la paz, teme celadas de enemigos: *Sonitus terroris in auribus illius semper; et cum pax sit, ille semper insidias suspicatur*?¹ ¡Ojalá pudiese aquí dilatarme á mi placer! ¡Cómo os mostraría comprobada esta verdad con la historia de todas las naciones del mundo!

De Flaco, prócónsul de Egipto, escribe el gravísimo historiador Filón² que, desterrado por sus crímenes á una isleta que se hace en el mar Andro, estremecíase todo el cuerpo de manera que, á deshora de la noche, saltaba repentinamente de la cama, como si viese á algún asesino que le ponía el puñal en la garganta; y saliendo de su cámara, jadeando y casi sin huelgo, y huyendo como frenético por la campiña, alzaba de cuando en cuando sus espantados ojos á las estrellas que centelleaban en el cielo, y—¿con que Dios está allá arriba?, —exclamaba. Luego, contando uno por uno sus delitos,—harto lo sé, harto lo sé, repetía, que he de ser muy ricamente castigado: *Horum facinorum poena me manet, satis scio*; y, desplomándose en tierra medio muerto, agitaba los brazos, sacudía las piernas, hasta que, rompiendo en un sudor muy frío, desvaneciase, perdidos los sentidos. Tereo, rey de Tracia, y Papirio, senador romano, ambos se dieron la muerte con sus propias manos. Y ¿por qué causa sino porque, como escriben Pausanias y Plutarco, no podían sufrir los aguijones de su conciencia, el uno por un adulterio, el otro por un incesto abominable?³ Del emperador Tiberio sabemos por cosa averiguada, que ni las magnificencias de Roma, ni las delicias de Caprea, ni las sombras más ocultas de sus bos-

quecillos y alamedas, eran parte á mitigar su pena, atestiguando con frecuentes sollozos las inconsolables angustias que desgarraban su impuro corazón. Al emperador Tiberio, ni la grandeza de su fortuna, ni la soledad de los bosques estorbaban, son palabras del mismo Tácito, que no declarase á gritos los tormentos de su pecho y las penas que le roían el alma.⁴ Asimismo corren, en boca de todos, los sueños y horribles pesadillas que atormentaban á los Teodoricos, á los Constancias, á los Anastasios, á los Domicianos, las cuales sería prolijo enumerar.⁵ El emperador Pértinax no podía mirar sus pesqueras ó lagunas, sin que le pareciese ver sobre las aguas una sombra funesta, que en ademán feroz y sañuda mirada le estaba amenazando con la espada desnuda. Calígula y Nerón acostumbraban pasar las más de las noches voceando como locos por los anchos salones de palacio, y pidiendo á las tinieblas que no se dispasen tan lentamente, y al sol que acelerase su carrera. Así lo trae Suetonio; y Plutarco añade de un cierto Apolodoro, que le parecía cada noche como si le descuartizasen vivo, y tras esto que le metían en una caldera de aceite hirviendo, donde sus carnes se consumían y derretían, y que entre tanto le decía el corazón con amargo despecho: *Ego tibi horum sum causa*. Yo, á saber, tu conciencia criminal, soy tu verdugo y tu tirano.⁶

IV

Pues siendo esto así, y confirmada esta verdad con tantos argumentos y tanta muchedumbre de testigos: *tantam habentes impositam nubem testium*⁷, como escribió el Apóstol á otro intento; filosofemos así, si no os descontenta, hermanos míos. Cuando no tuviera nuestro corazón otro freno que le desviase del pecado, de suyo feísimo y abominable, sino entender que tras él vienen tales congojas y agonías, ¿no sería razón poderosísima para no pecar? ¡Qué desatino y

Arg. 3.º
Consuetudineza
del orador: Luc-
go es locura pe-
car.

Amplificación por
contraste (el le-
cho de flores y el
potro)

¹ Tiberium non fortuna, non solitudines protegebant, quin tormenta peccatoris, suasque ipse poenas fateretur. *Annal.* L. 6.

² Sabellicus. *L. 1, c. 4.*—³ Plut. De sera num. vind.—⁴ Hebr., xii, 1.

¹ Job, xv, 21.—² Lib. 2 in Flaccum.

³ Paus. in Atticis; Plut. in Parallelo.

necedad tan grande! ¡Poder dormir descansado y suavísimo sueño en mullido lecho de plumas y de holandas, de rosas y azucenas, como llamó San Bernardo á la buena conciencia: *Lectulus respersus floribus bona conscientia est* ¹; y querer desvelarse y estar tendido en un potro, estirado y descoyuntado cada momento con dolores de muerte! ¿Qué decís? ¿qué respondéis? ¿cómo, oh pecadores, paliaréis tan extraña locura y estupidez? ¿Sois por ventura del número y condición de aquellos que, adormecidos en el sueño del pecado y aletargados con infernal modorra, gozaban, como escribe el Santo Job, de apacibilísimo reposo entre abrojos y punzantes espinas? *Esse sub sentibus delicias computabant* ².

Respuesta desahogada de los oyentes.—Pues nosotros sentimos grande paz—

por exposición tranquila.

Refutación y corrección patética.

por congeries de argumentos enfáticos.

2) por encarecimiento de esta insensibilidad,

comparación con Esau,

Pero ya creo dar fácilmente con la respuesta. Decís que, aunque otros aseguran ser tan atroces los tormentos que el pecado causa en el corazón del delincuente, á vosotros, sin embargo, no os parece tal; comoquiera que seguís con toda serenidad, comiendo con apetito, durmiendo á vuestro sabor, holgando y platicando con deleite y alegría; por manera que ni la venganza llevada á cabo, ni siquiera el incesto ó adulterio cometido, fueron nunca bastantes á haceros desear la muerte, mucho menos, como á algunos despedazados de sus remordimientos, á tomarla por vuestras propias manos.

Mas ¡ay desventurado de mí! que si tal me respondéis, no sé qué me diga ni qué camino tome, sino confesar avergonzado que me equivoqué al dirigir á vosotros la palabra. Pensé que predicaba á un pueblo fiel, que creía firmemente que hay Dios en el cielo, que hay infierno perdurable, que hay paraíso y bienaventuranza eterna, y que el hombre, reo de culpa mortal, es abominable á Dios, desheredado del cielo y merecedor del infierno para siempre. Y tantos males, si verdaderamente lo creéis, ¿no bastan á haceros prorrumpir tras el pecado en sollozos profundos, no bastan á acibararos la comida, no bastan á quitaros todo gusto en las conversaciones de los hombres? Y ¿qué abismo es éste donde habéis caído, sino el de aquellas tinieblas y lamentable insensibilidad con que reprehenden las Escrituras divinas

¹ Serm. 47 in Cant.—² Job, xxx, 7.

al malaventurado Esau cuando, tomado el plato de lentejas, comió, bebió, fuese no haciendo caso de haber vendido el mayorazgo? *Accepto lentis edulio, comedit et bibit et abiit, parvipendens quod primogenita vendidisset* ¹.

¡Oh ciegos hombres! ¡oh desatentados pecadores!, ¿no veis que esto mismo había de acrecer infinitamente el tormento de vuestra mala conciencia, conocer que habéis llegado al extremo de no sentirlo ni daros cuenta? Estas son aquellas hondas llagas sin dolor, que San Agustín dice que son las más peligrosas y pestilenciales; éstas aquellas fiebres sin congoja ni trasudores, que San Crisóstomo calificó por las más malignas; ésta aquella calma, mucho peor que todas las tempestades, de la cual el bienaventurado San Jerónimo, á grandes voces grita y exhorta á todos los que navegamos por el golfo de este mundo, que apartemos nuestras naves. Desatad las jarcias, dice, desplegad las velas, porque esta tranquilidad es la tempestad más brava: *Expeditie rudentes, vela suspendite; tranquillitas ista tempestas est* ². Yo no puedo imaginar que tal os suceda, no creo que experimentéis tanta calma y serenidad, como decís, en los pecados contra vuestro Dios y Señor. Porque ¿quién jamás (enseña Job por clarísima y enérgica interrogación), quién jamás resistió á Dios y tuvo paz? *Quis restitit ei, et pacem habuit* ³.

Pero, puesto caso que la experimentaseis, creedme, pecadores, esa bonanza durará muy poco. Durará por ventura mientras tanto que, imaginándoos, ó por razón de la edad ó el vigor de las fuerzas corporales, lejos de la muerte, no fijéis el pensamiento de propósito ni en la severidad del juicio, ni en la terribilidad de los castigos que os aguardan; mas, cuando os veáis cerca sin poderlo remediar, ¡oh qué trueque y lastimosa mudanza!, no sólo sentiréis entonces los remordimientos todos, que os parecen ó embotados ó reprimidos en vuestro pecho, pero los experimentaréis más fieros y atormentadores, á semejanza de los tigres ó pante-ras que, atados largo tiempo con cadenas, si logran final-

testimonios gravísimos,

las llagas sin dolor,

la fiebre sin congoja,

la calma peor que la tempestad.

7) por negación comprobada.

2) por concesión y constitución de la causa.

—¿Cuánto tiempo durará esta paz?

Remordimientos en la muerte,

por similitud de las fieras encadenadas.

¹ Gen., xxv, 34.—² Epist. I ad Heliod.

³ Job, ix, 4.

mente escapar, vuélvense más rabiosos en acometer y más sanguinarios en despedazar. Que esto sea así, escuchad con atención y lo veréis.

V

¿Qué de maldades, por no decir qué de sacrilegios y crímenes nefandos no había cometido aquel Antioco, por sobrenombre el Ilustre, de quien se hace larga y funesta memoria en el libro de los Macabeos? Habíase con poderosísimo ejército apoderado de Jerusalén, y encaminándose con presteza hacia el famoso templo, cuanto vió de sacrosanto y precioso, todo lo arrebató bárbaramente: el altar de oro, el candelero de oro, los vasos sin cuento y alhajas asimismo de oro. De aquí, pasados á sangre y fuego los infelices moradores, saquéó sus casas, robó el erario público, buscó el candelero de oro, los vasos sin cuento y alhajas asimismo de oro. De aquí, pasados á sangre y fuego los infelices moradores, saquéó sus casas, robó el erario público, buscó contra los judíos, y llevó consigo los tesoros escondidos; y ya que no pudo las murallas, las dejó para miserable pasto de voraz incendio. No satisfecha su enemiga contra el Dios de Israel, á cuantos se habían escapado del fuego ó de la espada constriñó á que renegasen del culto del verdadero Dios, prohibió so gravísimas penas la circuncisión, contaminó con víctimas inmundas sus sacrificios, y con nefandos ritos profanó sus augustas solemnidades. En el mismo altar del Santuario había levantado un abominable ídolo, al cual tenían obligación de ofrecer, según las épocas del año, ó desfloradas vírgenes ó niños degollados. Finalmente, habiendo entregado á las llamas, para borrar toda memoria, los sagrados libros de la Ley, había el mismo dictado otra á su capricho que reemplazase la del monte Sinaí. Y, sin embargo, cómo no lo sé, pero ello es cierto, que de tantas tropelías y desafueros, de tantos crímenes y abominaciones no tuvo en los siete años que sobrevivió remordimiento alguno ni amargura de conciencia; mas siempre alegre, siempre regocijado y tan altivo, que presumió en su loco frenesí, conforme dicen las Escrituras santas, que haría navegable la tierra y abriría calzadas en el mar: *Existimabat se prae superbia, terram ad navigandum, pelagus vero ad iter habendum deductu-*

Arg. 4.^o
EN LA HORA DE
LA MUERTE: CUSAS
Y EFECTOS DEL
PECCADO, POR EJEM-
PLOS BIBLICOS.

2) El rey Antio-
co: narración
ilustrada.

Exposición de sus
crímenes, contra
Jerusalén,

contra los judíos,

contra el Santua-
rio

y los libros sa-
grados.

Nudo: su en-
gredimiento en vi-
cia.

rum¹. ¡Infeliz! ¿Creéis empero que, llegado al término de sus días y al umbral de la eternidad, pudo resistir el ímpetu de los remordimientos que al principio rebatía con tanta fuerza? Fué imposible. Cae enfermo, y, agobiado el corazón de enorme pesadumbre, llama en torno de su lecho á sus amigos y leales cortesanos, y prorrumpiendo en un suspiro angustioso,—Ahora me acuerdo, les dice, ahora me acuerdo: *Nunc reminiscor*. — ¿De qué ¡oh sacra Majestad! de vuestras hazañas? ¿de vuestra gloria?—Ahora me acuerdo de los males y agravios que hice en Jerusalén—*Nunc reminiscor malorum, quae feci in Jerusalem*².—Y ¿le parece, sacra Majestad, tiempo y sazón ésta, estando tan doliente, para pensar en esas cosas? Memorias alegres, recuerdos placenteros son menester, que levanten el corazón y alivien la dolencia. Recuerde vuestra Majestad tantos laureles recogidos con su vencedora diestra; traiga á la memoria cómo ha hecho su tributario el Egipto, cómo sujetó la Palestina, cómo la Siria, mal de su grado, inclinó al yugo su cuello contumaz. Y ¿quién sino vos ¡oh sacra Majestad!, levantando á un tiempo mismo cuatro poderosísimos ejércitos, cubristeis el Asia de armas y guerreros, y con el terror de vuestro nombre impusisteis leyes á los postreros habitantes del Nilo? Babilonia, la gran ciudad de Babilonia, acaso la mayor maravilla del mundo, es vuestra; vuestra también Antioquía; vuestra la ciudad de Susa; vuestros los tesoros de tantos pueblos conquistados; vuestros tantos trofeos insignes, vuestros tantos riquísimos despojos. ¿Por qué, pues, no revuelve ¡oh sacra Majestad! estas y semejantes memorias, y se alegrar á su apesadumbrado corazón?—¡Ay!, no puedo, no puedo:—*Nunc reminiscor malorum, quae feci in Jerusalem*. Asáltame, sin poderlo remediar, otros pensamientos. Acuérdomme de los grandes males que hice en Jerusalén.

Y siguiendo el miserable rey la triste historia de sus innumerables atropellos, de sus violencias y crueldades, de sus injusticias y rapiñas, confesó con estas voces la zozobra y caimiento de su espíritu: «Huyóse el sueño de mis ojos,

¹ 2 Mach, v, 21. —² 1 Mach., vi, 12.

su abatimiento en
la muerte:

por descripción,

dialogismo

contraste de
afectos:

1.^a parte. Mag-
nífico relato de
sus triunfos

por condupli-
cación:

2.^a parte. La
voz de la concien-
cia.

Desenlace.

dijo, y los temores y sobresaltos han derribado y desmayado mi corazón; y dije en mi angustia: ¡Oh qué tribulación tan grande vino sobre mí! ¡Oh qué olas de tristeza y amargura me embisten por todas partes, y me anegan, á mí que vivía tan dichoso y amado de todos mis reinos y señorías!» ¹.

Amplificación por argumentación a majori;

Si un hombre, pues, tan incrédulo, tan encallecido en el mal, tan arrogante menospreciador de toda ley humana y divina, no pudo con todo acallar los ladridos de la conciencia, ni dejar de congojarse y temer, ¿qué harán esos gritos del alma en hombres menos feroces, en cristianos, en nosotros, que creemos en un Dios, juez y castigador de los malos, y en un infierno para siempre jamás? ¡Oh qué espinas nos punzarán y desasosegarán en aquel trance! No sólo los sacrilegios y pecados más enormes; pero las culpas livianas, los fraudes y mentiras más ligeras se nos presentarán con un aspecto formidable, que nos haga estremecer las carnes y se hiele la sangre en nuestras venas.

amplificada por semejanza del mar en calma,

Si miráis el mar en leche, lo veréis tan limpio, tan cristalino y hermoso, que juraríais sin duda no encubrir en su fondo ninguna suciedad. Pero tornad á mirarlo cuando está borrascoso, ¡oh qué inmundicias arroja! ¡cuántas heces, cuánta podredumbre! Entonces suben y sobrenadan las impurezas que sus senos escondían; entonces se muestra tal cual es, todo sucio y cenagoso. Ahora decidme, hermanos míos, ¿cómo se llama en las Escrituras la muerte del pecador? ¿no se llama tempestad? Si, exclama el santo Job: *Anima eorum in tempestate morietur* ². El alma de ellos morirá en deshecha borrasca. ¿Quién duda, pues, sino que subirán á flor de agua y se mostrarán las inmundicias todas del corazón, á saber: que revolverán á la memoria todas las abominaciones de su vida, todos los odios, todos los embustes y marañas, todas sus envidias, todas las obscenidades y torpezas que hayan cometido? Y en lance tan apreta-

y del mar revuelto.

Primer miembro.

Segundo miembro.

¹ *Recessit somnus ab oculis meis, et concidi, et corruí corde prae sollicitudine, et dixi in corde meo: In quantum tribulationem deveni, et in quos fluctus tristitiae, in qua nunc sum, qui jucundus eram et dilectus in potestate mea! I Mach., vi, 10-11.*

² Job, xxxvi, 14.

do, juzgad qué será de los miserables. ¡Oh, con cuánta ira se ensañarán contra sí mismos, con cordial tedio y aborrecimiento de sus almas!

Cuentan las divinas Escrituras que, derrotado el rey Saúl por las huestes filisteas en la última batalla que les presentó, estaba en medio del camino traspasado y herido de muerte con la propia espada, que él mismo se clavó en el pecho en el delirio de su desesperación. Cuando, no pudiendo lanzar el alma, vió pasar por allí cerca á un joven amalectita, y con desmayada voz, vuelto hacia él, le suplicó que por piedad le acabase de matar, porque padezco, dice, terribles agonías y congojas de muerte: *Sta super me, et interfice me, quoniam tenent me angustiae* ¹. Y ¿quién de vosotros me dirá qué congojas fueron éstas? ¿del cuerpo ó del alma? ¿de los hombres ó de los espíritus infernales? Para cabal conocimiento del asunto, conviene recurrir con el Abulense al texto hebreo, manantial muchas veces de secretas y bellísimas interpretaciones. Es, pues, de saber que en el original, en lugar de aquella cláusula *tenent me angustiae*, abrámanne las congojas, leen muchos de la manera siguiente: *tenent me orae vestimenti sacerdotalis* ², sujetánme las orlas ó fimbrias de las vestiduras sacerdotales; y que lo que en estas palabras quiere significar es, que en aquel trance le parecía al rey Saúl como que veía á todos los sacerdotes de Nobe, por él mandados injustísimamente degollar, los cuales le acongojaban y despedazaban el alma con las voces que daban ante el juicio de Dios, pidiendo venganza: *Videbatur sibi Saul, propinquus morti, videre sacerdotes Domini, accusantes eum in iudicio coram Domino*.

El suceso y sangrienta mortandad, digna por cierto de saberse, pasó de esta manera. A la sazón que David, perseguido por Saúl, andaba fugitivo, llegó un día fatigado y hambriento á la ciudad de Nobe, y, acogido por su gran sacerdote Aquimelec, le proveyó éste con mucha corteja de armas y mantenimiento. No lo hizo con tanto secreto que no lo viese un soldado de Saúl, hombre pérfido y ejercitado en aquella arte tan aborrecida y tan usada en todo el mundo,

¹ El rey Saúl, narración compuesta.

¹ 1.ª parte. Su desastrado fin, por descripción.

² 2.ª parte. Inquisición de causas, por comunicación oratoria.

³ 3.ª parte. Los sacerdotes de Nobe.

Exposición

por estopea delisionjero;

¹ 2 Reg., i, 9.—² Abul. in Reg.

como tan á propósito para granjear el favor de príncipes tímidos y suspicaces, á saber, la de llevar y traer chismes á sus amos y señores, el cual, á la primera ocasión, se lo contó al monarca. No se puede imaginar la cólera del rey cuando lo supo. Llama al instante á Aquimelec y á todos los sacerdotes menores de su jurisdicción, que eran ochenta y cinco, preséntansele y, clavando en ellos sus ojos encarnizados,—Conque ¿vos sois, le dice, el que hospedasteis á mi enemigo David?—A vuestro yerno, le responde prontamente Aquimelec. Y ¿quién hay entre todos los siervos de vuestra Majestad más fiel que David, más cuerdo en la paz, más temido en la guerra? No quiera Dios que nunca le cierre las puertas de mi casa. Le he hospedado, y le hospedaré siempre que venga; y yo y mi familia tendremos á mucha honra poderle agasajar—¡Ah traidor! (replica más irritado Saúl), ¿también vos os habéis conjurado contra mí, y queréis arrebatarle el reino? Vos y vuestra casa vais á pagar esta felonía.—Ea, soldados, que mueran al punto y perezcan todos al filo de vuestra espada. ¿Qué hacéis? ¿á qué aguardáis? Desnudad los aceros, y prended á todos los sacerdotes, y mueran ahora mismo todos los traidores. *Convertimini et interficite sacerdotes Domini* ¹.—¿Lo creeríais? Ningún soldado se atrevió á poner las manos en los ungidos del Señor, por donde el rey, vuelto al pérfido acusador y mal soldado, que se llamaba Doeg, le ordenó que supliese su espada la de todos en la sangrienta ejecución. No se hizo mucho de rogar aquel sacrilego, más como jactándose del feliz suceso de su maldita empresa, no vaciló en tomar el oficio de verdugo para congraciarse con su rey; y por este camino logró Saúl ver degollados á sus pies en corto espacio á ochenta y cinco sacerdotes con sus vestiduras de lino, sin querer dar oídos á descargos, ni menos acoger las súplicas, ni ablandarse con el llanto de las víctimas.—Tal es la historia lamentable de los sacerdotes de Nobe.

Pues volviendo á nuestro propósito, puesto en el trance postrimero, parecíale al rey, dice el Abulense, ver á estos

¹ 1 Reg., XXII, 17.

infelices que con el mismo traje y sagradas vestiduras, pálidos los rostros y corriendo sangre sus heridas, le echaban en cara su ferocidad y tiranía, y detenían su desapiadado espíritu en el pecho para que fuese la salida, cuanto más lenta, más horrible y congojosa: *Videbatur sibi Saul, propinquus morti, videre sacerdotes Domini, accusantes eum in iudicio coram Domino*.

Pues lo que sucedió al desventurado Saúl sucederá, no lo dudéis, mis amados oyentes, á todos los pecadores de la tierra. ¡Oh qué escenas! ¡qué visiones tan espantables se representarán al moribundo pecador, solo y desamparado, con la vida puesta á las espaldas y la muerte y la eternidad ante los ojos! Se ofrecerán á su vista horriblemente, como á Saúl los sacerdotes degollados, á unos los jornaleros defraudados de su salario, á otros los pobres abandonados en su miseria y hambre, á éstos los amigos seducidos con sus perniciosos consejos, á aquéllos las vírgenes violadas ó los cómplices de sus torpezas, á otros los inocentes injuriosamente calumniados, á otros, en fin, los sacerdotes ó religiosos de que se burló y escarneció con pública irrisión; y, á tal vista, conjeturad vosotros si gritarán con Saúl: Abrúmanme las congojas: *Tenent me angustiae*. ¿Que si gritarán y rugirán en su corazón? ¿quién lo duda?—exclama el Crisóstomo. Aunque es verdad que el torcedor de nuestra conciencia siempre nos punza y lastima, entonces hiere más agudamente cuando se llega la hora de ser arrancada de esta vida. El hurto que hizo, el jornal que no pagó, el testimonio que levantó y los pecados todos de la vida pasada, se presentan en funesto alarde á los ojos de la mente y atormentan y despedazan el alma ¹.

Y, para mayor declaración, afirma que pasa en esto como al reo ó malhechor que está en la cárcel. ¿Le veis? Siempre, es verdad, solícito y congojoso; pero ¿cuándo mayormente? Sin duda la vigilia de la última sentencia. Otros

¹ Cum enim semper nos stimulat peccatorum conscientia, tum vero maxime illa hora, quum hinc sumus adducendi. Tunc enim sive quis rapuit, sive fraudavit, sive contumelia affecti, universus illic peccatorum cumulus renovatur, oculisque exhibetur, mentemque stimulat. De Laz., conc. 2.

días le veréis tal vez regocijarse con sus compañeros, jugar, reír y entretener su carcelaje. Mas, cuando al miserable se le notifica que á la mañana siguiente ha de comparecer ante el juez y oír del tribunal inapelable el fallo decisivo, ni un momento puede pegar los ojos, siempre volviendo y revolviendo en su agitada fantasía el delito ó delitos, los jueces, el tribunal, el verdugo, la muchedumbre, el cadalso, la horca. No de otra manera, dice este Santo, sucede al pecador viendo que toca ya el artículo inevitable de la cuenta y de la divina venganza: *Quemadmodum qui tenentur in carcere, semper quidem dejecti sunt ac moerentes, maxime tamen sub illum diem, quo sunt educendi et ad ipsas pertrahendi iudicii fores; sic anima* ¹.

es la vispera de la vengencia;

comgojas de muerte;

por ejemplos y visiones horribles,

los dos leones,

el lobo carnicero,

el río de fuego.

Amplificación y conclusión final.

Y que esto sea así ¿no lo confirman las espantosas visiones y temerosos fantasmas que mil veces habréis oído contar, que fatigan al cristiano moribundo en las postrimeras agonías; como la de aquel desventurado que recuerda Pedro Cluniacense, á quien le parecía ver dos leones que con sus garras iban á despedazarle; ó la del otro que veía un lobo carnicero dando vueltas á la cama con pavorosos aullidos; ó la de aquel que se imaginaba ver con sus ojos un río de fuego que, cayendo del techo, inundaba la habitación? No ignoro, mis oyentes, que á veces son ilusiones del demonio para atemorizar al pobre agonizante, ó también síntomas de la enfermedad, cuya violencia altera fácilmente la fantasía del doliente; pero ¡cuántas veces son tales imaginaciones efectos de un corazón horrorizado, que se cree por sus culpas entregado por Dios á las criaturas más fieras, como ejecutores de la divina justicia!

¿Qué importa, pues (tornando á mi primer intento), qué importa, digo, haberse trabajado tanto para encadenar aquellos monstruos y acallar sus bramidos por algún tiempo, si más hambrientos y feroces se abalanzarán por fin á la codiciada presa, y la despedazarán con mayor ensañamiento? Anden y desanden, hagan y deshagan los pecadores ahora tan serenos y alegres, al parecer, que tarde ó temprano, en vida ó en el trance de la muerte, oirán los

¹ Ibid.

gritos de la conciencia acusadora y sentirán sus ponzoñosas mordeduras. Y si nos privamos de tantos placeres por no padecer los achaques que acarrear, parálisis, convulsiones, gota, calenturas y otras perniciosas enfermedades, ¿por qué no nos abstenemos de pecar, á fin de no incurrir en los tormentos de la mala conciencia, los cuales, en sentir de todo el mundo y de todos los escritores cristianos y gentiles, sa- grados y profanos, son los más intolerables que imaginarse pueden?

Arg. 5.º PRO- RACION EFICACI- MA.

VI

Cuando la prudentísima Abigail quiso desarmar la cólera de David y disuadirle la venganza que iba á tomar de su ofensor Nabal, muchas súplicas, es verdad, y muy encarecidas le dirigió, muchas excusas presentó, muchas razones alegó en su demanda; mas ¿cuál fué la que obtuvo en conclusión desenjojarle y ablandarle, aunque tan duro? Veisla aquí: Cuando mi Dios, le dijo, cumpliere á mi señor todos sus deseos y le colmare de sus bendiciones, no tendrá mi señor que arrepentirse de haber satisfecho una venganza: *Cum fecerit Dominus tibi, domino meo, omnia, quae locutus est bona de te, non erit tibi hoc in singultum domino meo, quod ipse te ultus fueris* ¹. Como si dijera: Señor mío y Rey mío, harto veo que mi marido merece cualquier pena; si, empero, os dignáis en vuestra clemencia perdonarle, no tendréis un día por qué doleros en el divino acatamiento de haber con una acción tan ruin ofendido su bondad, ni sentiréis en vuestro corazón este pesar, este desabrimiento, este agudo torcedor de una venganza satisfecha y una ira desfogada: *Non erit tibi hoc in singultum*.

Introducción por ejemplo ilustrada de abigail, c.º 3 que

se capta la bene- volencia:

1.º parte. El tex- to.

2.º parte. La in- terpretación.

Así y con este agrado quisiera hablaros hoy, amadísimos oyentes míos, cuyo favor y benevolencia en escucharme me confunde. Si por ventura hubiere entre vosotros quien trame una venganza, quien aceche una castidad, quien revuelva un proyecto ambicioso, quien de cualquier forma piense ofender á Dios, por un vil interés ó por un sucio y bestial

3.º parte. La aplicación por EX- HORTACIÓN. A no más pecar.

¹ 1 Reg., xxv, 31.

2) porque el piacer es breve

deleite, guárdate, cristiano, le quiero decir con todas las veras de mi cariño; guárdate, no pases adelante, arrebatado de tu ciega pasión, sin prever lo que te espera. *Respice finem*: mira el fin y remate de tu vida, cuando seas arrancado de esta carne. Ese deleite que piensas gozar pecando, presto pasará, como un sueño volador que se desvanece y no deja rastro de sí, puedo decirte con el santo Job: *Velut somnium avolans, non invenitur* ¹.

y los remordimientos incompensables:

Mas, después, ¡qué angustias! ¡qué remordimientos! ¡qué sollozos te sobrevendrán tan hondos y acaso irremediables! Pero si te vences y te abstienes de pecar por reverencia á la majestad de tu Dios y Señor, ¡oh qué paz sentirás tan entrañable! Vendrá, vendrá sin duda aquella hora postrimera, día de los acabamientos, como lo llamó el Eclesiástico ², *dies finitionis*, en el cual, acabados los placeres, acabadas las riquezas, acabadas y fenecidas las honras, comparecerás desnudo ante la presencia de tu juez; y entonces, ¡qué consuelo tan grande, qué parabienes te darás de haber cumplido hoy los divinos mandamientos! No, no tendrás que arrepentirte de haber antepuesto la sensualidad á la razón, el cuerpo al espíritu, una criatura vilísima á tu soberano Hacedor; no tendrás que arrepentirte de la hacienda malgastada en profanidades del mundo; no tendrás que arrepentirte de haber engrandecido tu casa por vías no justas; no tendrás que arrepentirte de haber malogrado tu ingenio en negociaciones criminales; no te amargará la memoria de tu autoridad y señorío empleados en obras contra la ley de Dios; no te congojará la salud menoscabada con ilícitos placeres, ni te pesará el tiempo miserablemente perdido en todo, menos en lo que te cumple, que es tu eterna salvación.

amplificación indirecta de confianza y alegría por

conduplicaciones vehementes,

repeticiones enfáticas y enumeración oportunas.

Amplificación indirecta, por prosopopeya afectuosa.

Entonces te acordarás por ventura de este sermón, y no acabarás de dar gracias á Dios de haberlo oído, quizá por una casualidad. Alzarás las manos al cielo de pura devoción, llorarás dulces lágrimas, gemirás blandos gemidos de tu corazón agradecido, y, bendito sea Dios, excluirás, sea Dios bendito, que no permitió que me arrastrase aquella fea

¹ Job, xx, 8.—² Eclli., xl, 2.

pasión que atizaba Satanás para que ofendiera á mi Dios. ^{de hacimiento de gracias.} ¡Oh qué congojas pasaría mi alma en este trance, donde á la luz de tus juicios veo y palpo la gravedad de un pecado hecho contra tan alta é infinita Majestad! Vos solo, vos, Dios mío, añadiendo misericordias á misericordias, me disteis la mano por que no me despeñase: *Posuisti super me manum tuam* ¹. ¡Oh bondad! ¡oh clemencia! ¡oh merced incomparable! ¿cuándo podré loaros dignamente?

Mas no se me esconde que muchos no querrán aún rendirse como David al consejo de Abigail, con la falsa persuasión que podrán gozar siempre de mentirosa paz y tranquilidad en medio de sus vicios. Pues dejémoslos en su obstinación, que día vendrá en que, vecinos al tremendo tribunal, os alegréis y regocijéis vosotros en compañía de los justos, á quienes, como está escrito, no tocará el tormento de la muerte, *Non tanget illos tormentum mortis*, y se consuman ellos de remordimiento y desesperación.

Conclusión de ira

por contraposición.

PARTE SEGUNDA

RESUMCIÓN y Arg 6o

VII

Veo lo que, harto sutilmente por cierto, inferen los pecadores de lo que poco ha discurríamos en último lugar; conviene á saber, que si los remordimientos de la mala conciencia al partir de este mundo son tan fieros, esto no amengua su tranquilidad presente, antes la acrecienta y confirma, comoquiera que, dicen, de este mismo remordimiento nacerá tanto más fácilmente su conversión, cuanto mayor sea su horror al pecado en aquella hora; y así arrepentidos se salvarán.—Vano asidero: no los creáis, engañanse lastimosamente; si no, escuchadme con atención.

Prolepsis.—Esos mismos remordimientos serán causa de mi conversión postrera.

Responde negándolo,

¿Qué remordimientos más agudos puede sentir un pecador agonizante que los que congojaron el alma de aquellos dos reyes, que arriba tan largamente recordamos Antíoco ² por ejemplo á Saul;

¹ Psal. CXXXVIII, 5.

comunicación y
sujeción.

y Saúl? ¿Y se convirtieron por esto? No; que uno y otro, conforme al común opinar de los doctores, se condenaron. Pero ¿cómo? ¿No se les representó el pecado como objeto de abominación? ¿no vieron su fealdad horrible? ¿no sintieron pena? ¿no les atravesaba el corazón recordar los yerros y ceguedades de su vida? Sí, católicos; y tanto se dolieron, que vinieron á desespearar. Parecióles el pecado tan fea cosa y agravio tan enorme á su Hacedor, que no creyeron los miserables poder alcanzar misericordia; y así, pesados á un tiempo y descorazonados, lloraban y desconfiaban; lloraban sus yerros y maldades, y desconfiaban de la clemencia divina. ¿A qué pues replicar, oyentes míos: Si aquellos remordimientos que sentiré en mi muerte serán tan agudos, y el torcedor de mi conciencia tan penetrante, más fácilmente me convertiré? Engañaste, hermano mio, que más fácilmente te desespeararás. No miréis al hábito ó costumbre tan arraigada que tenéis de confiar, ó más bien presumir de la misericordia divina, diciendo que es inmensa, infinita, inagotable, y que así podéis dormir tranquilamente en su regazo como en brazos de la madre; no miréis, torno á decir, á este hábito de vuestro rebelde corazón; porque en la hora de la muerte, no sólo no os ayudará, mas os dañará grandemente, y enflaquecerá vuestra confianza y la amortiguará cuando más la necesitéis.

Instancia táctica—Tengo hábito contrario de confiar en Dios.

Responde negando la consecuencia:

¶) Por una propo-
sición paradójica:
ca: á más confianza
en vida, menos
confianza en la
muerte.

Extraña cosa en verdad, mis amados oyentes, pero cierta y por desgracia muy experimentada. Quien tiene uso y ejercicio de pintar, de tañer, de esgrimir la espada, de navegar, adquiere con la práctica mayor facilidad. Mas en nuestro caso sucede lo contrario; quien está acostumbrado á confiar presuntuosamente en la divina misericordia, siente después mayor trabajo en este ejercicio. ¿A quién habéis de dar crédito? ¿á mi palabra? No, que nada vale; á San Francisco Javier. Y ¿no creeréis en materia semejante á un hombre como Javier, al Apóstol de Jesucristo, que abrazando con su celo y ardiente caridad ambos mundos, empleó sus días en socorrer á los pecadores de todas edades y condiciones, de todo sexo y categoría, de todas las lenguas y provincias? Escribiendo, pues, desde la India á sus compañeros en Roma, diceles el Santo que, por la larga experiencia que

confirmación por
el testimonio de
San Javier.

tenía de ayudar á bien morir, podía libremente asegurar que ningún pecador siente menos confianza en aquel trance que los más confiados y animosos en vida. Oid sus mismas palabras, que cierto son gravísimas: Visitaba á los enfermos, fortalecía á los moribundos para que partiesen de este destierro con aliento y buen ánimo, lo cual, en verdad, es mucho más arduo á los que no cumplieron los santos Mandamientos; porque (notadlo bien) con tanta menor confianza en Dios y esperanza de su misericordia mueren, cuanto más desenfrenadamente se derramaron antes por todos los vicios ¹. ¿Puede decirse más expresamente? En balde, pues, os prometéis para la muerte la extremada confianza que sentís en vida, antes sabed que será menor, por lo mismo que ahora la sentís tan grande.

Y si deseáis saber la raíz y fundamento de esta aparente contradicción, yo os lo diré. ¿De dónde imagináis vosotros que procede que os sea tan fácil presumir ahora de la divina clemencia? Porque el pecado os parece una cosa baladí, una fragilidad, y aun por ventura lo tomáis por una gracia y gentileza. Mas allí os parecerá lo que es en realidad, un monstruo horrendo, un desacato enorme, un mal peor que el mismo infierno. Y así, trocadas las circunstancias, ¿qué maravilla que entonces no sintáis esa confianza que sentís ahora? *Circumdede runt me dolores mortis, torrentes iniquitatis conturbaverunt me* ². Hanme cercado dolores de muerte (¿oís la voz del profeta rey cómo se lamenta en persona del pecador moribundo?), hanme cercado dolores de muerte, y torrentes de maldades me conturban. Y ahora ¿qué os parece la iniquidad y la culpa? Un vaso de agua, conforme al dicho de los mismos pecadores. Bebemos como agua los pecados: *Bibimus quasi aquam iniquitatem* ³. Mas ¿en la hora de la partida? Un torrente y muchos torrentes,

cita indirecta.

cita directa.

conclusión.

¶) Por razón natural: ahora no veis la gravedad de la culpa: entonces la veis;

ilustración por semejanzas bíblicas

los torrentes de iniquidad

y el vaso de agua.

¹ Visitabam aegrotos, et morientes confirmabam ut aequo fidentique animo e vita discederent. Quod quidem longe difficillimum est illis, qui divinis legibus minime paruerunt. Quippe qui minori divinae clementiae spe ac fiducia moriuntur, quo majori ante audacia in sceleribus ac flagitiis volubantur. L. 2, epist. 2.

² Ps. xvii, 5.—³ Job, xv, 16.

dice David, que son lo mismo que aguas impetuosas que arrebatadamente se despeñan, y causan pavor, y esparcen la ruina, y siembran el asolamiento, y arrastran cuanto encuentran sin que se les pueda resistir.

Arg. 7.^o ó Respuesta. 6) Porque los demonios os desesperarán.

y el mismo J. C. os echará en cara esa perfidia:

por visión oratoria.

Parte 1.^a El divino juez, por hipotiposis.

Parte 2.^a El interrogatorio, por amargura y maqueja.

y artificiosas congresión: distribución é incremento; la niñez,

VIII

¿Y acaso no acudirán los demonios, y se valdrán de todas sus artimañas y embustes para haceros bien entender la gravedad de yerros y demasías que á vosotros os parecían niñerías, y aún quizá ignorabais? Mas ¿qué digo el príncipe de las tinieblas? Jesucristo, el mismo Jesucristo se os presentará delante de los ojos y á vuestro turbado entendimiento, echándoos en cara vuestra ingratitud á su sangre y redención; y, en este trance, ¿qué confianza podréis tener en el Señor que lleva cuenta exactísima, no sólo de las murmuraciones, de los juramentos, de las injusticias y blasfemias, mas de toda palabrilla ociosa? *De omni verbo otioso* ¹.

Paréceme ver al Redentor del mundo que se os presenta en vuestra agonía y paso postrimero, desnudo, llagado, despedazado y manando sangre su cuerpo sacratísimo. A derecha é izquierda le acompañarán ángeles, armados de vengadores rayos, y, abriendo entonces el gran libro de vuestra vida, empezarán á leer en él todos vuestros pecados uno á uno, vibrando en el oído de vuestra conciencia, allí muy despierto, los ecos de aquella espantosa voz: *Haec fecisti, et tacui* ². Tú, dirá el Señor, desde que asomé en ti la lumbré de la razón, comenzaste á conocerme y juntamente á ofenderme. Aprendiste mi santo nombre para blasfemarlos, y mis mandamientos para quebrantarlos y escupirlos; y yo callaba. Pronto te entregaste á malas compañías, de quienes te dejaste arrastrar á mil excesos; sus dictámenes fueron tus dictámenes, sus ejemplos tu norma, sus costumbres tu evangelio; y yo callaba. Huías de las iglesias, y frecuentabas los sitios más profanos; la santa misa no la oías, y pasabas el tiempo en diversiones; despreciabas mis

¹ Matth., XII, 36.—² Ps. XLIX, 21.

sacramentos, y dábaste á comidas y bebidas; te enojaban y daban hastío los sermones, y holgabas de conversaciones torpes ó harto libres; y yo callaba: *Haec fecisti, et tacui*. ^{etopeya de la mocedad,} Pasada la mocedad, no hubo infamia que no quisieses cometer en tu edad viril; ni perdonaste sexo, ni distinguiste grado, ni respetaste condición, esclavo en todo de tus desenfrenados apetitos; y yo callaba. Con estos ejemplos criaste á los hijos que te di, sin temor de Dios, sin obediencia á mis mandamientos, sin ningún respeto á las cosas santas; y yo lo sufría y callaba. Pasaste del fuego de la lujuria al fuego de la ira rencorosa; no quisiste nunca paz con tu enemigo, le aborreciste, le perseguiste sin tregua, y te mancillaste por ventura con la sangre de tu hermano; y yo callaba y emudecía: *Haec fecisti, et tacui*. Llegado á la vejez, todo tu ^{de la cudad varonil,} corazón y tus cuidados pusiste en el dinero: para atesorar dinero te valiste de mil trazas; no mantuviste fe, no pagaste las deudas, no guardaste justicia con el prójimo; antes bien echaste mano del fraude, de la traición, de la mentira, de la doblez y fingimiento; y yo en tanto callaba y nada dije. No diste al jornalero su salario, y fuiste gran aceptador de ^{peccados de comisión} personas; para abatir y perjudicar á unos empleaste artes perversas, y para levantar y favorecer á otros practicaste acciones harto ruines. No santificaste los domingos ni fiestas, ^{de omisión.} de guardar, no fuiste á los templos, no acudiste á sus solemnidades, no hiciste oración, ni una vez pensaste de veras en tu alma, ni entraste en el retrete de tu conciencia; y yo todo lo veía y á todo callaba: *Haec fecisti, et tacui*. ¡Infeliz! ¿Qué te diste á imaginar con mi silencio? ¿Que sería como tú? ¿que siempre callaría? ¿que nunca me quejaría ni saldría á la defensa de mi honor? *Existimasti, inique, quod ero tui similis?* ^{Parte 3.^a La justicia de Dios,} ^{por comunicación y afectos de rubor é enojo:} ¹. Hasta ahora he callado, hasta ahora he emudecido; fui manso, fui paciente; mas hoy hablaré y denunciaré mi enojo, como fuí de parto: *Tacui, semper silui, patiens fui; ut parturiens loquar* ². Y puesto que en vida no has hecho estimación de mi sangre, mas como lodo vil la has arrojado y hollado villanamente con tus pies, esta misma sangre que te había de redimir, ahora te condenará.

¹ Ps. XLIX, 21.—² Is., XLII, 14.

impresión de
divina cólera.

Así dirá Cristo nuestro Redentor, y quizá, como se le haberlo usado con algunos pecadores, él mismo, metiendo su mano en el costado abierto y sacándola llena de su divina sangre: Ten, malaventurado, le dirá, arrojándosela al rostro: quien de esta sangre no quiere la vida, tome la muerte.—Y en el mismo punto, desapareciéndose Jesucristo, os parecerá que os asaltan súbitamente los malignos espíritus, que os cercan, que os oprimen, que á porfía os atan y encadenan, con rabiosa sed de arrebatáros, como cautivo y prisionero, á las mazmorras infernales. Y allí, combatidos de tantos enemigos, y acosados tan fieramente de todas partes, ¿tendréis pecho, tendréis longanimidad y firmeza para confiar en Dios? ¡Oh locura, prometerse tanto de tan flaco y mezquino corazón! Pues si no podemos prometérselo, volvamos á nuestro propósito y preguntémoslo: Esas congojas, esos remordimientos y perplejidades en el trance postrimero, ¿de qué servirán? ¿De despertadores y estímulos para encaminarnos á la contrición verdadera? No, sino de pesadumbre que nos agobiará, de espinas que nos punzarán, de torcedores que nos atormentarán y conducirán tal vez á la última desesperación.

Consecuencia
energica por
comunicación orato-
ria, y epílogo.

Arg. 8.^o
Fervoración sucin-
ta por artificioso
resumen.

La penitencia,
remedio eficaz y
único del mal-
estar del alma:

IX

Siendo, pues, así, ¿qué nos cumple hacer mientras tenemos tiempo? Penitencia, hermanos míos, penitencia; si, tornará á repetirlo, penitencia. Sólo ésta tendrá virtud y fuerza celestial para sosegar nuestro corazón en la vida y al rematar de la vida, y sosegarlo de manera, que goce de cabal tranquilidad: *Ut tranquillam vitam agamus*¹, conforme al Apóstol. Mas ¿cómo? ¿En qué estado lograremos tanto bien? Mediante el cumplimiento de nuestras obligaciones: *In omni pietate*. Todos los arbitrios, todas las otras invenciones, son por demás. ¿Qué aprovecha al corazón humano darse tan rotamente á juegos y diversiones, á espectáculos y comedias, á bailes y saraos, á músicas y ban-

¹ 1 Tim., II, 2.

quetes y á todo linaje de engañosos pasatiempos? ¡Ah! Mientras permanece hincada en el corazón la punzante espina del pecado, son vanos todos los remedios y lenitivos en orden á mitigar su dolor. Hay que arrancar la espina del lastimado pecho; y pronto, hermanos míos, porque, si la dejamos largo tiempo, se entrará más y se encarnará de manera, que por ventura nos dé que llorar y que gemir y que rechinar, y desesperarnos por toda la eternidad de los siglos, mientras Dios fuere Dios: *Conversus sum*

afectos de temor
por

metáfora y poli-
símeton.

*in aerumna mea, dum configiatur spina*¹.

¹ Ps. xxxi, 4.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO VEINTICUATRO

Gracioso y risueño en el exordio, es **terrible** en la peroración. Comienza riendo y acaba llorando. ¡Qué artificio para llevar al auditorio desde la pintura del pajarillo que, aprisionado

En el metal de las doradas rejas,

canta «con el mismo primor y alborozo que en el campo alegre de su pasada libertad,» hasta la última visión de Jesucristo, que da en rostro al moribundo con su ingratitud y le arroja á la cara su divina sangre! Es gloria de SÉNTERI, común á los grandes ingenios, comenzar humilde y esconderse más allá de las nubes; y de él podemos decir lo que Horacio del cantor de Ulises:

*Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem
Cogitat, ut speciosa dehinc miracula promat*¹:

esto es, que no saca humo de la luz, ni discursos frívolos de comienzos deslumbradores,

*Antes el humo en resplandor convierte
Para mostrar prodigios estupendos.*

¿Y qué mayor prodigio que sacar á luz los **tormentos que padece la mala conciencia** y desasosegar al pecador y despertarle de su mortal letargo?

Porque el **fin** que se propone es turbar, revolver, inquietar provechosamente las conciencias y llevarlas al aborrecimiento del pecado por la verdadera contrición. «Hay que arrancar la espina del lastimado pecho; y pronto, hermanos míos, porque, si la dejamos largo tiempo, se entrará más y se encarnará de manera, que por ventura nos dé que llorar y que gemir y que rechinar, y desesperarnos por toda la eternidad de los siglos, mientras Dios fuere Dios.» (§ IX.) A este blanco encamina magistralmente toda la batería de la invención, disposición y elocución.

Epic. al P. 111: 5, v. 143-144.

Invencción. Escasa es, pero feliz. Digo **escasa**, porque trae muy **pocos** argumentos, y aun éstos no los saca de los lugares **intrínsecos**, sino de las fuentes **extrínsecas**; y quien haya leído á nuestros autores sobre este punto, por ejemplo al V. Granada¹, echará, por ventura, de menos aquella alta y soberana teología, que rebosa de sus páginas cuando descubren la guerra cruel y desasosiego interior de los malos y su miserable y congojosa muerte.

Digo también que es **feliz**, porque, sin olvidar las razones más **sólidas**, amplifica prodigiosamente las más **populares** y más acomodadas á su intento. No olvida las primeras, cuando dice: «Mas ¡ay, desventurado de mí!... Pensé que predicaba á un pueblo fiel, que creía firmemente que hay Dios en el cielo, que hay infierno perdurable, que hay paraíso y bienaventuranza eterna, y que el hombre, reo de pecado mortal, es abominable á Dios, desheredado del cielo y merecedor del infierno para siempre. Y más abajo: «¡Oh ciegos hombres! ¡oh desatentados pecadores! ¿No veis que esto mismo había de acrecer infinitamente el tormento de vuestra mala conciencia, conocer que habéis llegado al extremo de no sentirlo ni daros cuenta? Estas son aquellas hondas llagas sin dolor... éstas aquellas fiebres sin congoja... ésta aquella calma, mucho peor que todas las tempestades»... Donde toca las pruebas, ya **directas**, ya **indirectas**, de más peso que se pueden dar en la materia.

Pero **amplifica** las más populares y más acomodadas á su intento. Porque ¿cuál es éste? Que no pequen más, si quiera por librarse de las congojas de la mala conciencia. Y ¿cómo persuadirá y hará ver una cosa tan espiritual y apartada de los sentidos? Por el dicho y **consentimiento** del género humano, y, sobre todo, con el **ejemplo** y la **semejanza**. La autoridad subyuga el juicio del pueblo y lo avasalla; la semejanza le alumbrá la inteligencia; pero el ejemplo es la razón que más **entiende**, el objeto que más le **deleita** y lo que más hondamente le **conmueve** y arrebatá. He aquí por qué los oradores populares, como Demóstenes y Tulio entre los profanos, el Crisóstomo y Sénieri entre los sagrados, apenas dan un paso sin el ejemplo, y nuestro adorable Redentor nos enseñó lo mismo con el uso continuado de las parábolas.

Pero háse de advertir que el ejemplo, como la semejanza, se emplea para diversos **finés** y con modos distintos. Unas veces para dar **hermosura** y dignidad á la oración, á manera de galas ó preseas, como acontece en los panegíricos. Otras para **aclarar** lo obscuro y explicar lo dificultoso,

¹ Guía de pecadores, lib. 1, cap. xx y xxiv.

con la luz que brota de las nuevas relaciones que se descubren. Lo tercero, para **probar**, cuando el ejemplo hace más creíble y verosímil aquello de que se trata. Lo cuarto, para ponerlo **ante los ojos**, de suerte que casi pueda tocarse con la mano. Lo quinto, principalmente, para **mover**. Y mueven, sobre todo, los ejemplos de varones antiguos é ilustres, como los que se toman de las divinas Escrituras, los de nuestra patria y linaje; y también los que se traen de objetos muy flacos, como de la mujer, del niño, del esclavo.

Por lo que mira al **arte de explicarlos**, puede hacerse por tres vías: ó por vía de semejanza, ó por desemejanza, ó por contrariedad. Asimismo pueden traerse como mayores, ó menores, ó iguales; y en todos estos casos la desemejanza ó desigualdad debe estudiarse en el género, en el modo, en el tiempo, en el lugar y en todas las demás circunstancias, según lo vemos en nuestro orador.

El cual trata los ejemplos en **tres formas**: la una, **sucintamente**, como al pintar los remordimientos de Adán, de Caín y de David; la otra, con alguna **mayor extensión**, cuando la historia no es conocida, como al contar las agonías de aquel procónsul de Egipto, por nombre Flaco, ó las angustias que desgarraban el corazón de Tiberio, ó las visiones terroríficas del emperador Pértinax; la tercera forma, **más dilatada** y oratoria, consiste en desleir todas las circunstancias del hecho, y sirve entonces de prueba y de amplificación. Son dechados magníficos de esta tercera forma la muerte de Antíoco y de Saúl. (§ V.) Ruego al estudioso de la elocuencia que se fije en estas dos narraciones, que, si parecen largas como ejemplos, no lo son como argumentos, y están escritas con tal arte, variedad y progresión para mover los afectos, que pueden sin mengua ponerse al lado de las de Cicerón en las Verrinas, ó del Crisóstomo en los libros de Providencia.

Disposición. Aquí se ve que lo más subido del arte es que el arte no se vea. ¿Quién lo descubre en el **exordio**, que parece brotar espontáneamente de la semejanza del pajarillo y del ejemplo de los Fariseos? Y, con todo, está lleno de artificio el modo de excitar la atención, de conciliarse la docilidad, de captarse el favor y la benevolencia de sus oyentes; la traza con que dispone la proposición remota, la proposición próxima, la universal: y hay narración con su exposición, su nudo y su desenlace; y hay descripción y etopeya del Fariseo y del pecador; y hay las semillas de las razones y de los afectos; y hay su peroración insinuada en aquellas palabras: «No, no le creáis; despreciad

sus voces, burlaos de sus promesas, porque os quiere prender y matar á traición».

En la **Confirmación** todo parece naturalísimo, y se reduce á un entimema y dos objeciones.

Entimema.—No hay tormento igual al de la mala conciencia. Luego no pequéis.

Objeción 1.^a «Yo tengo mala conciencia, y no experimento tales congojas, antes suma paz.»

Responde por cuatro maneras (véase § IV), y la última, que es la más poderosa, se refiere al tiempo, y les afirma que, si ahora no sienten esas congojas, las sentirán, y atrocísimas, en el trance de la muerte. Pruébalo con los ejemplos de Antíoco y de Saúl y del condenado á la pena capital en la víspera de la ejecución, y acaba perorando con movimientos de **temor** y de **esperanza**. (§ VI.)

Objeción 2.^a «Esas congojas, cuanto mayores sean en mi muerte, más me moverán á convertirme». Responde por tres vías que no; que quien más confía ahora, menos confiará entonces (véase el § VII y VIII); y concluye perorando sencillamente: «Siendo esto así, ¿qué nos cumple hacer mientras tenemos tiempo? Penitencia, hermanos míos, penitencia...» (§ IX.)

Pero ¡cuánto artificio en tanta naturalidad! Artificiosa es la **introducción** por la semejanza de la mujer que dió á luz un hijo, de la cual arguye por los contrarios. Artificiosa la **enumeración** de testimonios, subiendo de los profanos á los sagrados, de los sagrados á los divinos. Más artificiosa la **exposición** de tantos ejemplos, abreviándolos ó dilatándolos según su interés y el efecto que pretende. Muy más artificiosa me parece la traza de **refutar**, más bien que probar directamente, con que derpierta la atención y da calor y vida y movimiento á esta parte, la más árida y desmayada del discurso. Y aquel no insistir en los remordimientos de ahora, sino trasladar á sus oyentes á las postreras agonías, ¿carece de artificio? ¿Y qué mayor arte que la suavidad con que se abre camino á la **peroración** por medio de las palabras de la discreta Abigail? (§ VI.)

Mas diré lo que siento. En este, como en otros discursos, el dividirlo en dos partes amengua notablemente, y á veces mata el efecto y enerva la pasión. No culpo al orador, sino á la costumbre de su tierra, de pasar á medio sermón á recoger la limosna. Costumbre funestísima para la elocuencia, porque rompe el hilo del discurso y enfría el sentimiento cuando estaba más encendido. No hay cosa más libre que la elocuencia, ni más quebradiza que el afecto; y es tiranía insoportable obligar al orador á que se pare siempre á los dos tercios de su plática. Estos moldes empeque-

necen el arte, y la reina de todas ellas, la elocuencia, mal los puede sufrir. Cierto no los sufriera ni Cicerón ni San Juan Crisóstomo.

Elocución. Como el discurso en general pertenece al género **templado**, la elocución es **tranquila**, aunque abundan más las figuras que **mueven** que las que **deleitan**. Campea sobre todo la interrogación, la antítesis, la obstestación, el apóstrofe, la comunicación y más aún el dialogismo y la prosopopeya, según los sentimientos que quiere despertar. Los principales son **pesar** y **arrepentimiento**, **temor** y **vergüenza**.

Predomina el **pesar** en la narración de Antíoco y de Saúl; y para esto se ayuda en la primera de la memoria de los pasados triunfos, contrapuesta á las presentes amarguras; y en la de Saúl, de la circunstanciada relación de la matanza en Nobe de los ochenta y cinco sacerdotes.

Prevalece el **temor** en lo que sigue hasta la conclusión de la primera parte, llena de visiones espantables, de monstruos horribles, voces de la mala conciencia, que nos despedazará horrorosamente á la hora de nuestra partida. Suaviza estos rigores y amenazas con apóstrofes de gran blandura, que son ecos de la buena conciencia.

Señorea la **vergüenza** ó rubor en la segunda parte, mayormente en la aparición de Jesucristo, «desnudo, llagado, despedazado y manando sangre su cuerpo sacratísimo», el cual, «abriendo el gran libro de vuestra vida, empezará á leer en él todos vuestros pecados uno á uno, vibrando en el oído de vuestra conciencia, allí muy despierto, los ecos de aquella espantosa voz: *Hæc fecisti, et tacuisti*.

Poco dijo quien dijo que las figuras son, en el discurso, lo que las flores en el jardín, las estrellas en el cielo y en los dedos el anillo. Yo las compararía al filo de la espada ó al volter de la honda, que va á clavar la piedra en la frente del gigante. Despójese este discurso de figuras, y ¿qué queda?



DISCURSO VEINTICINCO

CRIANZA DE LOS HIJOS

Respondentur parentes ejus, et dixerunt. Scimus quia hic est filius noster, et quia caecus natus est: quomodo autem nunc videat, nescimus; aut quis ejus aperuit oculos, non nescimus.

Respondieron sus padres y dijeron: Sabemos que éste es hijo nuestro, y que nació ciego; mas como ahora ve, no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos.

(JOAN., IX., 20-21.)

EXORDIO

Ex visceribus caritatis.

DEFIENDAN otros y excusen á los padres del ciego del Evangelio, tan milagrosamente curado por nuestro adorable Redentor; yo ni los excuso ni defiendo. ¡Declarar que no saben cómo ni quién ha abierto los ojos de su hijo! Sabemos, dicen, que nació ciego; mas quién le abrió los ojos, ignorámoslo: *Scimus quia caecus natus est, quomodo autem nunc videat, nos nescimus*. ¿Este es cuidado y solicitud de padres? ¿ésta es vigilancia de los hijos? Pero dichosos padres, y más dichoso el hijo ciego, pues quien le abrió los ojos fué el piadosísimo Jesús, que no podía abríselos sino al bien y á la virtud.

La lástima es que, á muchos hijos, quien les abre los ojos es el diablo; y entonces ¿quiénes serán los culpables? ¡Dejar los padres de familia que sus hijos salgan traviesos, desobedientes, embusteros y de malas mañas, y luego excusarse con decir que verdaderamente no saben dónde ni

1.ª parte. Historia evangelica.

Los padres del ciego.

Epifonema de transición.

2.ª parte. Aplicación a mayores.